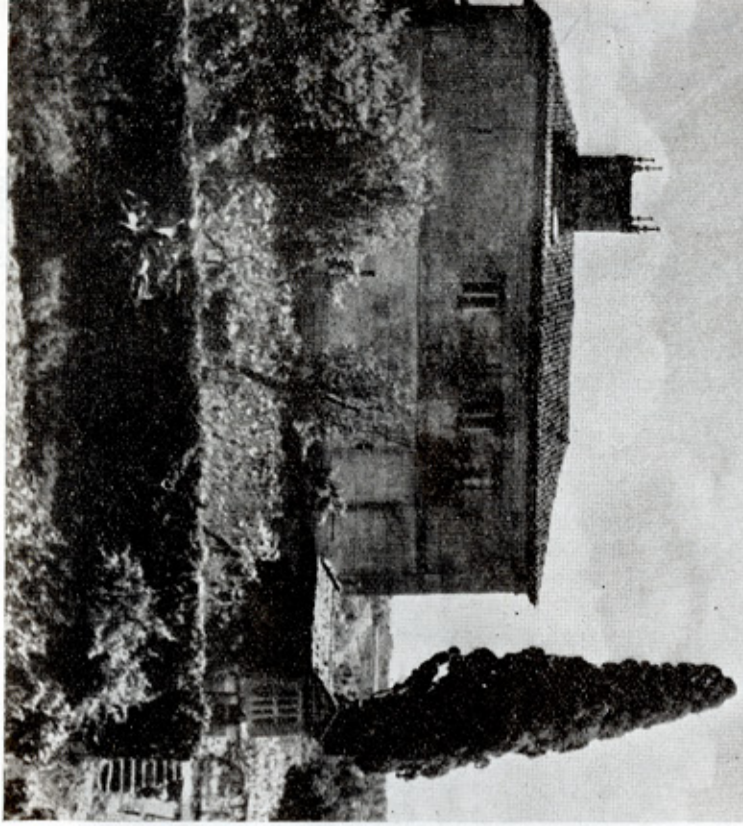


Para determinar la más sencilla valoración de los paisajes del Ribero es imprescindible acordarnos a la estética de la creación barroca y gustar en el humilde o ampuloso relato la gracia y la riqueza de líneas que tienen como temática la vid. Ahí está el donaire y la gentileza de la parra mostrando el singular abrazo en torno a la columna de hojas, racimos y zarcillos. La misma columna puede reunir la cautelosa visión del artista que, un día, fue sorprendido por la línea del tonel, un poco arremetido en la puerta de una casa de buenos pareceres, en la calle principal de Ribadavia.

El marco del paisaje lo forma el alto horizonte de Pena Corneira y las tierras de montaña en la ribera del Arenteiro, en los contrastes de las tierras de Moldes, donde, sin soluciones intermedias, se disponen las sierras hacia el Paraño y los bancales de viñedos ordenados por las cuestas del naciente. La torre de la iglesia de Moldes es el mejor punto de referencia para destindar las líneas del paisaje.

Por los caminos del Ribero se descubre el paisaje humanizado por excelencia. La tierra redefinida en los bancales, *os sacalcos*, ordena el modelado artificial de la pendiente donde se armonizan las cepas modernas amarradas a la columna, al cable bien tensado o a la sencilla estaca, ordenadas en largas hileras donde se impone una geometría simple y garbosa. Salen al encuentro, en el lugar, anosos robles, algún solo de castaños, abiertos y ramosos unos, maticios y copudos los demás, un pino piñonero y toda la variedad de árboles frutales.

El paisaje del Ribero es paisaje de cuestras. La vid no llega a poseionarse de los fondos; ahí, en el fondo del valle, están los buenos maizales de verdes bien matizados, que triunfan con la riega en la tarde canicular de los estios. La vid en emparrado cubre los caminos del lugar y hasta lejos del caserío; son las elegantes formas del artesonado, noble unión del castaño y el granito, entrelazado con cañas y canchones, que saben decir halagos de las tierras y pasiones de los años en labios de rondadores. La parra con gracia señorial cubre la escalera y el corral y en sus hojas resuenan con grave profundidad las gotas del tormentoso chaparrón. Por los agros, cuya razón nominal se



Pazo de Listanco, en la carretera de Orense a Carballino.
por MAQUINO ROBOINQUEZ FERILLO (de la Sociedad Fotográfica de la Ceceña)

EL PAISAJE DEL RIBERO

por ANTONIO FRAGUAS FRAGUAS

registra en las bodegas, se extiende la parra estrecha y la línea de *espaller*, la cepa en abanico que deja la tierra al sol y permite la visión de muros y pilares.

Una serie de cinturones de granito, muros de fino *cacholillo* erguido a brazo y ajustado a escoda, retienen las diminutas tierras donde se cultivan con amorosos cuidados las clases selectas. Es impresionante este paisaje de fuertes muros y escaleras que representan el triunfo de las culturas de la vid, y su momento más impresionante lo hemos vivido una tarde de vendimias cuando las mozas se entretenían cantando, mientras los hombres, manebos todos ellos, subían parsimoniosos los altos y copudos cestones cargados sobre la espalda, y su silueta nos recordaba la estampeta de fiesta, llenos de rosquillas de Ribadavia.

Forma parte del paisaje del Ribero, el pazo, inmortalizados con nombres supuestos por la Condessa de Pardo Bazán. En su huerta se yergue la vistosa araucaria y el alto ciprés, que señalan a distancia la mansión hidalga con su solana y blanco palomar. En el recuadro gris de sus muros, todos bien capados, se ordenan las carreras de sombra de las renombradas cepas de calidad, que son gala en la bodega del tostado ribeirão, antigua presunción del pazo de Espesende. Son las cepas velutas que resistieron la plaga de la filoxera: en su comba, abierta y carcomida, se columpiaron al compás del canto y pasatiempo todas las niñas hidalgas y hasta las rapazas robustas que traían a la labor vecinas y jornaleras.

El lugar metido en su recuadro de viñedos será siempre en el paisaje la ilusión de un emparrado, el más perfecto de los emparrados del Ribero, de casas con balcón en mirador donde espera el temprano florecer la impropia visada maceta, y el zarcillo de la cepa escala presuroso las ramas del peral. Es tema obligado del paisaje del lugar la forma cupular de las higueras y los panzudos castaños de largueza y señorío.

Almacenes CRESSPO "Citra"

EXCLUSIVAS
"CITRANIA"

AUTÉNTICO REFRESCO NACIONAL
CERVEZAS "EL ÁGUILA NEGRA"

Teléfono núm. 2597

PUENTE - ORENSE

Se distinguen en el paisaje agreste las tierras abrigadas de menor pendiente, con grandes penascos graníticos que a distancia semejan las tiendas perennes del guardián de las cosechas. Son parcelas distinguidas, destindadas por pinares y lojales añorantes de flor. Algunos brezos, acebos y madroños dan su nota a la pendiente de tonos grises, verdes y amarillos.

No podemos prescindir del proceso estacional tan expresivo en los paisajes del Ribero. El invierno descubre como ninguna otra época la condición humana del paisaje. Los muros lucen el musgo y el líquen y por el sendero estrecho de zarzas y escaleras discurre el agua de la lluvia en arrogante despedida de las cumbres. Una lluvia, mansa y gris, envuelta en bruma, oculta la articulada tierra del plantío; después, la luz de un sol perezoso va pasando a la carrera las sombras que hacen más visibles, por contraste, los tallos rojizos de la vid. La tierra abierta con la azada renueva su propio color y el paisaje vinatero sigue la ronda de tiempo y labor.

El puente de San Clodio, magnífico tesoro de folklor, y el río con su canto, que lleva el viento a las alturas, enlazan valiosos temas del paisaje cuando el carro canta en los caminos y el malvis anuncia la primavera en los sembrados. Tiempo de los caminos de Verán, Leiro, San Clodio... donde la pavia despierta tan temprano como el sauce y el pomar que esparcido entre viñedos y campillos decora con su flor la luz de las cañadas.

Agostadas las hierbas, la vid representa el triunfo de las savias en el momento que se marcan a distancia los pozos de encharcado, dando verdor a la corta parcela que le rodea, y cañaverales y mimbreras cubren los rincones más húmedos de las vegas. La luz canicular entorna la tarde y estremece los tonos caprichosos del viñedo, mientras el crepúsculo rojizo cambia el pardo color del capado y una incomparable sensación de profundidad deforma paulatinamente el horizonte. Envuelta en esa luz cambiante se dibujan con sugestivo encanto los parrales, y al contraluz de los caminos sale a nuestro encuentro la tenue visión de los viñedos. Debe contemplarse ese momento grave de la tarde, mientras el toque a oración hace señal en todas las iglesias del Ribero y el último bando de estorninos pasa como una ilusión sobre las viñas del valle.

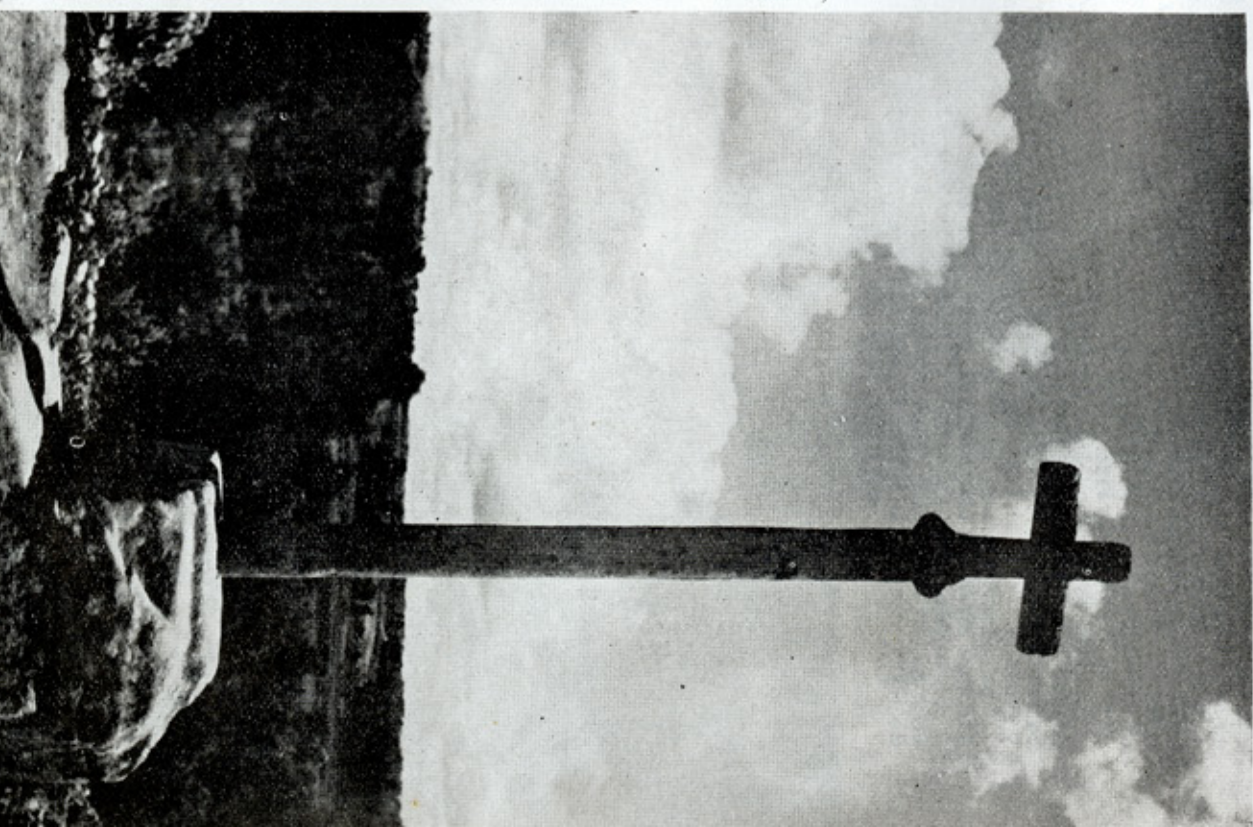
Empieza a manifestarse una variante en el paisaje urbano. En las calles de Ribadavia, de Carballino y en Barbanles hace su aparición el nuevo tonel, brillante y sin herrumbre, y la pija de calidad, pequeña y bien alorada, que se ofrece para guardar vinos y licores escogidos en los remansos nobles de la bodega.

Es la hora del viento setembrino y en las cuestras se levanta el chasquido de las zarzas secas colocadas en los muros para guardar viñedos y pomares.

El paisaje otoñal clasifica a distancia los viñedos. Un derroche de color desciende de tramo en tramo. Se imponen los tonos amarillos y rojos, que esperan en la noche partir con las heladas, mientras las altas tinajas y las históricas cubas hierven con pasión alborotada las uvas trasegadas del lugar y en torno a la alquitara se enciende en llamarada la hoguera que destila el aguardiente para llenar la copa temprana en las mañanas frías cuando, por ser la sazón, se hace la cava.

Luz y color se dan cita con el viento para cantar por los caminos el remolino de hojas sueltas y sin rumbo, mientras el calendario nos trae el San Martín, y entonces, a porfía de valores, se escancia la primera copa de vino donde se dibujan como en misterio prodigioso de las sombras los más finos paisajes del Ribero.

Crucero de Outeiro, en el Ribero
por MAQUINO ROBOINQUEZ FERILLO



FRAGUAS

dende o Museo Etnolóxico

D.L. 00142-2019 | DESEÑO: NOMA ESTUDIO

Contempla Fraguas o Ribeiro noutras ocasións, ben para achegarse ás cousas do viño, ben para falar dos territorios lindeiros inseparables por moitos motivos do caleidoscopio temático no que o mundo do viño ten doada presenza. En *Vida Gallega* (nº 740, 1958, pp. 26-27) publica «Algunos dichos del Vino», onde lembra ditos e cantares e comenta o papel que o viño desempeña nas concelebracións laicas: «*Los canteros celebraban con unas tazas de vino la colocación del dintel sobre la puerta y con otras tantas o algunas más ponían el ramo a la obra. Aún hoy con un vaso de vino se cierra el trato en la feria entre el chalan y el dueño del animal que va en venta. [...] De las buenas consejas que hemos oído dar a bebedores recordamos las que daban a un sacristán cierta noche de navidad. La señora ofrecía la taza al mismo tiempo que decía «bebe, Camiliño bebe, que ese non ten osos». El dicho hizo fortuna y sigue como conseja feliz en la ronda de bebedores*». Tamén en *Vida Gallega* (nº 716, 1956, p. 11) atopamos outro artigo, «Motivos del Carballino», no que, logo de describir aspectos da trama urbana da vila do Arenteiro e de facer lembranza da Condessa de Pardo Bazán e dos seus lúcidos e axeitados relatos sobre a vida social, destaca a importancia do Carballiño como punto de comunicación e enlace para o tráfico de moi diversas mercadorías, sinaladamente o viño, asociado á figura dos arrieiros: «*Desde hace mucho tiempo fue centro concurrido de los arrieros, que daban descanso a la recua en los mesones de singular hartura, y de los traficantes que de Orense, por Maside y Dacón, pasaban la villa para subir el Paraño hacia Pontevedra, y de Ribadavia, por Cea y Osera, para Lugo*», o para Santiago por Mesón del Reino». Salienta Fraguas que «*Antiguo es el mercado en Carballiño, amplio y activo feiral [...] y el genio emprendedor que representa la villa*», e describe a súa paisaxe estreitamente ligada ao Arenteiro, ao seu parque e ás instalacións balnearias que asoman ao río. E no seu libro *A Festa popular en Galicia* (1996) dedícalle un capítulo á vendima, definida como «*festa do traballo*», recollendo textos de Samuel Eiján, de Lamas Carvajal, de Eladio Rodríguez González e de Emilia Pardo Bazán, autora que Fraguas reinterpreta en varios estudos como etnógrafa e folklorista. En *Outeiro* (1987, nº 26, pp. 66-67) publica tamén un artigo «A Vendima» no que abrolan ecos e lembranzas do Ribeiro e das terras vitícolas.

O Ribeiro asoma igualmente no libro *Geografía de Galicia* (1953), tanto no apartado dedicado ao cultivo da vide como na epigrafe do Ribeiro, dentro da descricións das comarcas «naturais» de Galicia, así como no que respecta a Ribadavia como capital do partido xudicial do mesmo nome.

Do libro *Romarias e Santuarios* (Galaxia, 1989) escolle Fraguas dúas celebracións ribadavienses das que salienta os seus trazos etnográficos. Unha é Nosa Señora do Portal de Ribadavia, patroa da Vila e motivo de achegamento o 8 de setembro de moitos devotos e devotas á capital do Ribeiro e que coída un dos fitos relevantes do culto á Virxe en Galicia. A outra remite a San Pedro Mártir de Ribadavia, culto que encerra crenzas e lendas nas que se mesturan as doenzas neurolóxicas coa miseria humana que xustifica a reparación moral e o milagre. Baixo estas crenzas fai asomar Fraguas a significación destes santuarios e da fe das romeiras e romeiros, todo baixo a lóxica da curación de corpos e almas.

Xosé C. Sierra Rodríguez



foto: Chao.

XUNTA DE GALICIA

Este artigo como a meirande parte dos publicados entre 1940 e 1975, está en castelán, lingua na que se instalían el e os outros autores de linaxe galeguista pola presión política das autoridades franquistas e ante o medo intertorzado por aqueles que, como D. Antonio Fraguas, sufriron nas súas carnes a represión conseguinte ao levantamento militar de 1936. Fraguas utiliza o galego, nestes 35 anos, en escasas ocasións, unha delas en 1946 nun artigo publicado na *Revista de Guimarães*, editada nesta cidade do veciño Portugal. Antes de 1936 e despois de 1976 o galego é a lingua na que se instala o noso autor, coa excepción dalgun traballo condicionado por esencias editoriais. Respectámos, pois, aquí o texto orixinal.

nunciados de Pena Corneira e polas formacións montañosas pechadas sobre o Ribeiro nun tremiñado coherente— abrollan como fitos urbanos desta paisaxe señorial e comercial e, con semellante presteza e protagonista da súa ollada, o Avia. Fraguas destaca o territorio de pendentes modelada—do logo polos bancais (*os suscalcos*) que lle confiren perfil arquitectónico á paisaxe vitícola en egraxias formacións de soberbia feitura, descritas maxistralmente por don Antonio neste artigo. Lembra os tonos de paisaxes e as casas campesiñas significadas por corredores, lobos e emparadas. Ribadavia e o Carballiño—enguedelladas

«En el contraluz de todas las bodegas... aquel misterioso recinto»



foto: Xenaro Martínez Castro



foto: X.C. Sierra

Reproducimos aquí un artigo publicado na *Revista Vida Gallega* (nº 728, 1957, pp. 4-5) titulado «El paisaje del Ribeiro» no que asoma a sensibilidade do historiador e o dactilismo do profesor ao sinalar os valores colectivos que as artes atesouran e a emoción estética que flúe polas vides e sarmentos recreados plásticamente nos retábulos barrocos. Marca con precisión as lindes xeográficas da comarca recortadas polos penedos profundos e tivo esa curiosidade.

Interesa ao xeógrafo e motiva a curiosidade do etnógrafo. Fraguas manifestou tal interese e tivo esa curiosidade.

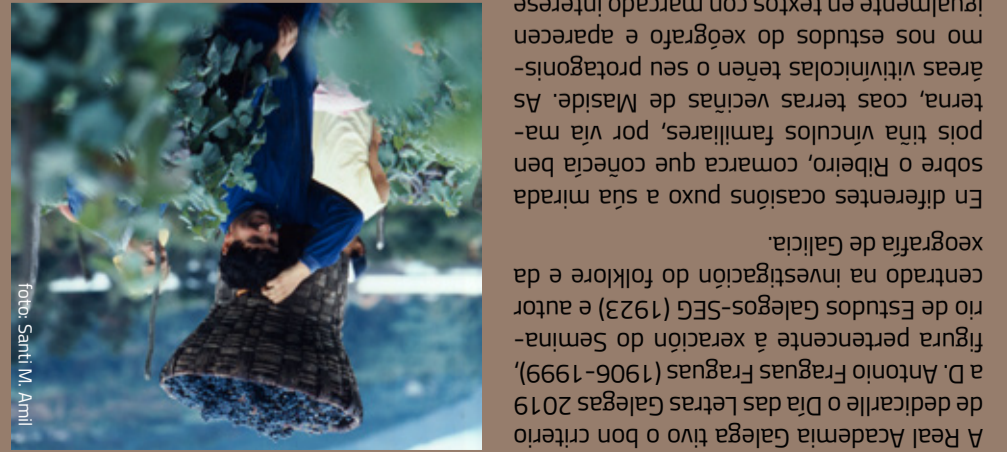


foto: Santi M. Amil

«Traballo duro o dos carreiros, co culeiro ó lombo...»

En diferentes ocasións puxo a súa mirada sobre o Ribeiro, comarca que coñecía ben pois tiña vínculos familiares, por vía materna, coas terras veciñas de Maside. Ás áreas vitivinícolas teñen o seu protagonismo nos estudos do xeógrafo e aparecen igualmente en textos con marcado interese etnográfico redactados polo antropólogo de etnólogo. Fraguas, discípulo formado no SEG e seguidor, coa súa propia pegada, dos mestres de Nós e, moi singularmente, de Otero Pedrayo, prestou en moitos dos seus traballos particular atención ás paisaxes de Galicia, entendidas como territorios fundamente humanizados e, polo tanto, configurados pola acción das xentes que, ao longo do tempo, deixaron neles a súa impronta. A paisaxe é unha construción colectiva que as artes atesouran e a emoción estética que flúe polas vides e sarmentos recreados plásticamente nos retábulos barrocos. Marca con precisión as lindes xeográficas da comarca recortadas polos penedos profundos e tivo esa curiosidade.

Os suscalcos, «muros de fino cachotillo cachote ergueitos a brazo...»

A Real Academia Galega tivo o bon criterio de dedicarlle o Día das Letras Galegas 2019 a D. Antonio Fraguas Fraguas (1906-1999), figura pertencente á xeración do Seminario de Estudos Galegos-SEG (1923) e autor centrado na investigación do folklore e da xeografía de Galicia.